

de las fuerzas de que su enemigo disponía y que se había lanzado sobre él solo con tropas de caballería y algunos cañones. El ejército brandeburgués y su príncipe habían demostrado lo que eran y lo que podían en aquella primera batalla, que ganaron por su solo esfuerzo, sin ajeno auxilio. En impotente alianza con el emperador, pocos meses antes habían tenido que huir de Alsacia vergonzosamente; á la sazón, por el contrario, desde Alsacia se extendía por todo el mundo el himno popular «Cantemos al ilustre Gustavo Adolfo,» en el que por vez primera se daba al vencedor de Fehrbellin el título de *gran elector* (1). La leyenda popular y la poesía ampliaron la tradición de las jornadas de Rathenow y de Fehrbellin y envolvieron la austera sencillez de la noticia histórica en un tejido de poéticas narraciones que tuvieron clásico término y digna coronación á principios de nuestro siglo en la obra de Kleist titulada: *El príncipe Federico de Homburgo*.

La liberación de la Marca no era, en sentir del elector Federico Guillermo, sino el primer paso para la tan esperada lucha decisiva contra los suecos y su expulsión definitiva de los territorios costaneros del Norte de Alemania. La victoria de Fehrbellin, sin embargo, influyó también en la guerra que en el Oeste se sostenía contra Francia, porque gracias á ella desapareció el peligro de una operación sueco-hanoveriana á espaldas del ejército alemán del Rhin, operación de la cual, como se comprenderá, tanto partido habrían sacado Turena ó sus sucesores.

Los dos estratégicos más ilustres de la época, Montecúculi y Turena, se hallaban de nuevo frente á frente en 1675 en la campaña del Rhin, que debía ser la última en que uno y otro tomaran parte.

En la primavera entraron en campaña los franceses y los aliados (2): la lucha que sostuvieron entre sí aquellos dos maestros en el arte de guerrear, fué, por decirlo así, una lucha científica. Durante semanas enteras solo hubo marchas y contramarchas de los dos ejércitos que se movían muy cerca uno de otro, acechando cada general la más pequeña falta de su adversario ó induciéndole á cometerla, escudriñando atentamente la intención de sus menores movimientos, ambos resueltos á no trabar el combate sino en las más favorables circunstancias. Montecúculi fué el primero en pasar á fines de mayo el Rhin por Spira, pues Estrasburgo prohibía á los dos ejércitos el paso por su puente; pero repasó poco después al ver que no conseguía atraer á aquel lado á Turena, que era lo que con aquella operación se proponía. A los pocos días (7 y 8 de junio) Turena se trasladó á la orilla derecha del Rhin, cruzando el río por Ottenheim, y estableció su campamento en Willstatt del Kinzig, no lejos de Kehl: inmediatamente acudió allí Montecúculi y dejando atrás el campamento francés, sin atacar ni ser atacado, reunióse con la sección de su ejército que se hallaba en Offenburgo, y desde este punto comenzó á amenazar las comunicaciones de Turena con su puente de Ottenheim, plan que hizo fracasar un hábil movimiento del general francés. Por espacio de ocho días estuvieron ambos ejércitos frente á frente, sin que se librara la esperada batalla. A principios de julio cambió Montecúculi de posiciones, en parte por razón de los aprovisionamientos; y á fin de conseguir en lo posible una comunicación con el Rhin y de poder hacerse

(1) *Nuevo canto de la feliz victoria*, etc., impreso en Estrasburgo por Juan Pastorius. Inserto en la obra de Witzleben y Hassel, apéndice 44. Véase también Droysen, tomo III, pág. 618.

(2) Para lo que sigue véase especialmente *La última campaña de Turena, 1675*, de Lumkmann, Halle, 1883. En la pág. 3 de esa obra hay un índice de las obras escritas acerca de esta campaña.

con los víveres que sus comisarios habían reunido en Estrasburgo, dirigióse al valle bajo del Rensch y ocupó la línea de este río hasta su confluencia con el Rhin.

El contramovimiento de Turena no se hizo esperar: en los días 22 y siguientes de julio arrojóse sobre el ala izquierda de Montecúculi que hacía frente al Rhin y logró sorprender al enemigo en las aldeas de Waghurst y Gamshurts. Montecúculi, llamando á sí las fuerzas que constituían dicha ala, retrocedió en dirección de Buhl hasta alcanzar la montaña, y al llegar á Sassbach, pueblo situado en el camino entre Achern y Buhl, esperó á pie firme al enemigo (27 de julio), ocupando fuertemente el cementerio de aquel lugar, perfectamente emplazado para una buena defensa, y disponiendo junto á y detrás de él en orden de batalla el ejército alemán.

Turena estaba resuelto á librar en aquellos sitios la batalla, la cual se desarrolló lentamente á causa de lo quebrado del terreno, que no era fácil de abarcar con la vista. La artillería alemana, bien situada en las alturas, proporcionaba gran ventaja á los suyos, al paso que las baterías francesas poco daño hacían al pueblo y cementerio de Sassbach. Montecúculi, viendo que los franceses eran impotentes contra el centro de su posición, intentó un ataque contra su ala derecha, á la que amenazó de flanco con grandes masas de caballería y una fuerte división de infantería. Observó Turena, y acompañado del jefe de su artillería, el general Saint-Hilaire, encaminóse al punto amenazado, donde debía encontrar la muerte: en efecto, situado en una colina completamente expuesta al fuego de las baterías enemigas, trataba de inspeccionar el terreno, cuando una bala de cañón alemana, después de arrancar de cerén el brazo á Saint-Hilaire, que á su lado estaba, le alcanzó en mitad del pecho, matándole instantáneamente.

Eran las tres de la tarde cuando esto acaeció, y la batalla estaba aun en sus comienzos. Montecúculi supo inmediatamente por un desertor lo ocurrido á Turena, pero con la prudencia excesiva que le caracterizaba no aprovechó la natural confusión que en el campo francés produjo naturalmente la muerte del gran caudillo para emprender un ataque general que seguramente le hubiera conducido á una brillante victoria, dados el desaliento general del ejército enemigo y la contienda que surgió entre los generales franceses Vaubrun y De Lorge sobre quién de ellos debía encargarse del mando de las tropas. Aquel accidente felicísimo para Montecúculi ni siquiera le movió á avanzar un paso que hubiera sustituido á las bien calculadas disposiciones metódicas el impulso del momento para convertir repentinamente en lucha ofensiva la batalla con el carácter de defensiva comenzada (3). El combate quedó por ambas partes interrumpido, continuando, sin embargo, el cañoneo, y los dos ejércitos permanecieron en sus respectivas posiciones.

Sin embargo, las consecuencias de aquel importante acontecimiento fueron en definitiva favorables á los alemanes. Dos días después (29 de julio), el ejército francés, huérfano de general, emprendió la retirada perseguido por Montecúculi que lo atacó en 1.º de agosto en Altenheim, donde los franceses habían dispuesto su puente de barcas para pasar el Rhin. Los atacados se defendieron valerosa y tenazmente sufriendo grandes pérdidas, entre ellas la de Vaubrun que con De Lorge se había encargado del mando del ejército;

(3) Entre los que han emitido su juicio sobre esta batalla, Clausewitz (*Explicación estratégica de varias campañas de Gustavo Adolfo, Turena, Luxemburgo*, W. W., tomo IX, pág. 223) es de los que más duramente se expresan contra la falta cometida por Montecúculi. Respecto del fundamento histórico de su juicio en general, véase la observación de Ranke en la *Historia de Francia*, tomo III, pág. 316.

pero también los alemanes pagaron su ataque con sacrificios mucho mayores de los que probablemente les hubiera costado una acción enérgica á raíz de la muerte de Turena. El combate sostenido en Altenheim no puede propiamente ser considerado como una batalla ganada por Montecúculi: los franceses luchaban para asegurarse la retirada, como cuatro semanas antes habían luchado los suecos en Fehrbellin, y el resultado fué que después de haberse sostenido por espacio de tres días en la orilla derecha del Rhin, el 4 de agosto pasaron su puente de barcas y llegaron á la margen alsaciana sin ser molestados por el ejército alemán. Como consecuencia de los sucesos de los últimos días, el magistrado de Estrasburgo, envaletonado por la muerte de Turena y por el avance de las tropas alemanas, abandonó la neutralidad que hasta entonces había conservado y permitió á Montecúculi que pasara el Rhin por el puente de Kehl (1).

Ora se atribuya á la suerte, ora al mérito la mayor parte del triunfo, lo cierto es que éste, considerado en conjunto, fué para los alemanes; la orilla derecha estaba ya libre de enemigos (y hasta de la guarnición francesa de Philippsburgo) y el camino de la Alsacia quedaba otra vez abierto. En Alsacia debía continuar á la sazón la lucha, y con este objeto pasó Montecúculi el Rhin por Kehl en 7 de agosto.

Poco después consiguieron los alemanes nuevas victorias en otros puntos. El duque Carlos de Lorena, al frente de un segundo ejército alemán, avanzó desde Colonia hacia el Mosela para arrebatar á los franceses la ciudad de Tréveris que todavía ocupaban. Era aquel ejército un compuesto abigarrado de los más diversos contingentes: 6,000 hombres del lorenés; 2,300 imperiales mandados por el marqués de Grana; 2,000 soldados de Maguncia; 3,000 de Tréveris, otros tantos de Munster y 2,000 españoles. El grueso propiamente dicho de aquellas fuerzas estaba formado por 11,000 brunswickenses mandados en persona por los duques Jorge Guillermo de Celle y Ernesto Augusto de Osnabruck. En los primeros días de agosto presentóse delante de Tréveris el ejército aliado, pero antes de que pudiera comenzar el sitio llegó la noticia de que, procedente del alto Saar, se acercaba el mariscal francés Crequi al frente de un ejército de socorro, en vista de lo cual resolvióse no esperar el ataque ante los muros de Tréveris, sino, por el contrario, escoger mejor posición para la batalla. Siguiendo la línea del Saar, Crequi había llegado hasta Conz, punto de confluencia de aquel río con el Mosela, y establecido allí su campamento. Su plan consistía en atacar cuando llegara el momento oportuno, en combinación con una salida que hicieran los de Tréveris. No esperaba ser atacado, como lo prueba el hecho de que en la mañana del día 11 de agosto envió á forrajear á una gran parte de su caballería. De pronto aparecieron en la otra orilla del Saar las columnas alemanas que á primera hora habían salido de su campamento de Tréveris dejando en él de observación fuerzas suficientes. La sorpresa fué tan completa, que Crequi ni siquiera tuvo tiempo para disponer su ejército en orden de batalla, viéndose cada sección obligada á combatir en el punto donde se encontraba. Con violento ímpetu avanzaron los alemanes por la orilla del Saar, apoderándose del puente de Conz en el centro, no sin tener que vencer una tenaz resistencia de sus enemigos, envolvieron por la derecha y por la izquierda las posiciones de los franceses, y á las dos horas el ejército de Crequi quedaba en parte destrozado y en parte dispersado, huyendo el mariscal seguido de unos pocos hacia Tréveris y apoderándose

(1) Sin embargo de esto, escribió inmediatamente después (12 de agosto) á Luis XIV una carta disculpándose. Véase Legrelle, apéndice n.º 64.

los vencedores de gran número de banderas y estandartes y de toda la artillería y bagajes del enemigo (2).

La jornada del puente de Conz fué sobre todo honrosa para las tropas de Brunswick y para los duques que las mandaban, Jorge Guillermo de Celle y Ernesto Augusto de Osnabruck (que llevaba á su lado á un hijo suyo de quince años), los cuales condujeron personalmente á sus hombres al combate y contribuyeron con ellos de una manera decisiva á la victoria. Grande fué el júbilo que tan brillante triunfo produjo en las cortes de Brunswick (aunque no en Hanover); la duquesa Sofia, esposa de Ernesto Augusto de Osnabruck, que tenía á orgullo el ser princesa de los Cheruscos, escribía rebosando satisfacción á su hermano Carlos Luis del Palatinado: «¿Qué me dices ahora de los valientes nietos de Arminio? En otras victorias de estos tiempos era costumbre que las dos partes cantasen el *Te Deum*; esta vez espero que lo cantaremos nosotros solos.» Toda la población de Osnabruck, «ricos y pobres, clérigos y seglares,» fué espléndidamente obsequiada por la duquesa; hubo fuegos artificiales en la ciudad y en las murallas, músicas, salvas de artillería y repique de campanas: todo el mundo sentía el regocijo de la reconquista de la antigua fama «por los brunswickenses y la nación alemana (3).»

A esta victoria siguió pronto otra. Una vez derrotadas las tropas de Crequi, los alemanes pusieron sitio á Tréveris, correspondiendo también en esta nueva operación de guerra el principal papel á las tropas de Brunswick, cuyo general en jefe, el duque de Holstein-Ploen, dirigió la empresa. La resistencia de los franceses, dirigidos entonces por Crequi, fué tenaz en extremo. Dos semanas necesitaron los sitiadores para apoderarse por asalto del convento fortificado de San Maximino, emplazado fuera de las puertas de la ciudad, y otra tardaron en tener dispuesta la brecha por donde se proponían asaltar la plaza. Pero en aquel momento aconteció algo insólito: la guarnición francesa se amotinó y se opuso á proseguir la lucha; y habiéndose Crequi negado á capitular, la misma guarnición entabló fuera del recinto negociaciones con el enemigo. El mariscal pidió un plazo para resolver, pero los amotinados abrieron á los sitiadores las puertas de la ciudad, que fué ocupada inmediatamente: Crequi, ayudado por unos pocos leales, continuó la lucha que era ya para él cuestión de honor personal; hizo fuerza en la catedral y trató de defenderla á todo trance hasta que refugiado en el campanario, donde todavía intentaba defenderse, fué hecho prisionero por un capitán del de Brunswick.

Según ha podido verse, el año 1675 no fué escaso en gloriosos hechos de armas para los alemanes: las jornadas de Fehrbellin, Sassbach, puente de Conz y Tréveris demostraron su superioridad en el Norte, y por lo menos quedó restablecido el equilibrio en el Oeste.

Sin embargo de estas victorias, Montecúculi, que volvió á penetrar en Alsacia, no logró hacerse fuerte como conquistador en este país ni arrebatarlo á los franceses, á cuyo

(2) Son contradictorios los datos que se conocen acerca de las pérdidas que sufrieron los franceses: los que consigna Havemann (tomo III, pág. 269), que calcula en 6,000 el número de franceses enterrados en el campo de batalla, son indudablemente exagerados; Rousset (*Hist. de Louvois*, tomo II, pág. 178) estima las bajas en 2,000 infantes y 200 jinetes. El número de extraviados fué muy grande, pero ya el mismo Rousset dice: *Ce n'était pas une déroute, c'était une deroute* (no era una derrota, era un desastre). Véase también la relación de la batalla que el duque Ernesto Augusto envió á su esposa en las *Memorias de la duquesa Sofia* (ed. Kocher), pág. 104.

(3) Bodemann: *Correspondencia de la duquesa Sofia*, pág. 244. Véase también en Havemann (tomo III, pág. 271) el canto de la victoria, canto festivo y escrito en bajo alemán.

frente se encontraba entonces Condé. El ejército imperial, después de haber intentado en vano poner sitio á Hagenau, estableció otra vez sus cuarteles de invierno en la orilla alemana, en Suabia y Franconia. Montecúculi regresó á Viena donde terminó su gloriosa carrera militar en 1680. En los últimos años de su vida fué presidente del Consejo áulico de la guerra y se dedicó á tareas literarias y de organización.

En cambio la lucha contra los suecos adquiría cada vez mayores proporciones en el Norte, donde la situación política general parecía tomar un sesgo favorable. El parlamento de Ratisbona, impresionado por la victoria de Fehrbellin, votó la guerra del Imperio contra Suecia. Los duques de Brunswick Jorge Guillermo de Celle y Ernesto Augusto de Osnabruck, reflexionando que, en caso de que los suecos fuesen expulsados de Alemania, los ducados suecos de Bremen y Verden podían ser excelentes botines de guerra para ellos, apresuráronse á regresar con sus tropas desde el Mosela á su patria. Juan Federico de Hanover, adicto á los franceses, tuvo que renunciar á sus planes contra Brandeburgo y supo prudentemente mantenerse en una situación neutral, mediante la cual se aseguraba una parte de botín, en el caso de un despojo de Suecia, sin por ello romper sus relaciones con Francia. También aceptó el plan de coalición el obispo de Munster, Cristóbal Bernardo, y acariciando violentos proyectos de conquista unióse á los aliados contra Suecia. El rey Cristian V de Dinamarca, á su vez, creyó que había llegado la hora para él de declarar la guerra á su vecino y enemigo hereditario, y en una entrevista que celebró en Gadebusch con el elector Federico Guillermo determinaron el plan común y concertaron una estrecha alianza ofensiva (25 de setiembre de 1675) en virtud de la cual el elector se quedaría con toda la Pomerania y el rey de Dinamarca con Rugen, debiendo además recuperar las provincias de Schonen, Blekingen y Halland que Suecia le había arrebatado (1). Los Países Bajos declararon asimismo abiertamente la guerra á Suecia y enviaron una escuadra al Báltico.

Formábase, pues, contra Suecia una coalición, si no poderosa, por lo menos compuesta de muchos miembros, en la que, como era natural, cruzábanse los mas diversos intereses y no se perseguían por los distintos aliados los mismos fines, ó por mejor decir, tendían algunos de ellos demasiado á un mismo objetivo. La corte de Viena mostrábase un tanto recelosa al considerar el gran aumento de poderío que, en caso de triunfo, conseguirían Brandeburgo y aun Brunswick, y por esto había visto con disgusto que las excelentes tropas de uno y otro, que tan bien se habían portado en la última campaña, fuesen retiradas del teatro de la guerra del Rin y del Mosela.

No obstante todo esto, era ya imposible evitar la guerra. Antes de que terminara el año los dinamarqueses habían conquistado á Wismar y los contingentes de Munster, Brunswick y Brandeburgo se habían apoderado de los principados de Verden y Bremen, donde los suecos opusieron escasa resistencia. Cuando á fines de enero y en agosto del siguiente año sucumbieron respectivamente la fortaleza de Karlsburg, situada en la desembocadura del Wesser, y la capital de Bremen, Stade, pareció terminada en aquellas regiones la obra de la liberación y los vencedores se apresuraron á repartirse el botín. En Pomerania la resistencia fué mas enérgica; pero á pesar de ella los brandeburgueses, ayudados por tropas imperiales y dinamarquesas, conquistaron rápidamente en octubre y noviembre á Wollin, Swinemunde, Wolgast y

(1) Véase el tratado de alianza de 15 de setiembre de 1675 en Morner, pág. 387, donde se encuentran también los demás tratados brandeburgueses relativos á esta situación.

otras plazas de la Pomerania occidental. La lucha prosiguió allí con suerte varia (Swinemunde fué reconquistada por los suecos) hasta el mes de enero, antes de que se tomaran cuarteles de invierno.

La campaña de 1676 trajo nuevas victorias. En Pomerania se terminó la conquista de las islas de Usedom y Wollin, y en el continente las ciudades de Anklam y Demnin vieron obligadas á rendirse después de una heroica resistencia: también fueron tomadas las tres desembocaduras del Oder y la línea del Peene. Durante el otoño preparóse el ataque de Stettin, y fué provisionalmente ocupada la fortaleza de Damm situada en la orilla derecha del Oder, quedando únicamente en poder de los suecos la capital de Pomerania, las ciudades de Stralsund y Greifswald y la isla de Rugen.

Durante todas estas luchas habían favorecido no poco á los brandeburgueses y á sus aliados las victorias que desde principios del verano la armada aliada había obtenido. Con las escuadras danesa y holandesa iban también algunas galeotas y fragatas de Brandeburgo (2). La escuadra dinamarquesa, mandada por el almirante Yuel, apoderóse á principios de marzo de la isla de Gotland. El primer encuentro de daneses y suecos en las aguas entre Bornholm y Rugen fué propicio á los segundos; pero poco después juntóse en el Sund con la dinamarquesa la escuadra holandesa, y unidas repitieron el ataque. El día 11 de junio trabóse el gran combate naval de Oeland: los aliados dieron alcance en la punta meridional de esta isla á los suecos que iban de retirada; *La Gran Corona*, buque almirante sueco, que era considerado como el barco mas grande del mundo, fué volado apenas comenzó la lucha; otros fueron echados á pique y los restantes se salvaron refugiándose entre los escollos. Una gran parte de la oficialidad sueca no cumplió con su deber, negándose á entrar en combate, y por ello hubo de exigírsele la debida responsabilidad: en la misma marina sueca, en otro tiempo tan excelente y tan temida, no reinaba ya el antiguo espíritu.

Los aliados eran dueños del mar. Los dinamarqueses, mandados por el rey Cristian en persona, desembarcaron poco después de aquella batalla en Schonen, apoderáronse de Istadt, Helsinborg y Landskrona, y pusieron sitio á Malmoe. Simultáneamente llegó procedente de Noruega otro ejército á las órdenes del general Gyldenlow y penetró en el *laehv* ó provincia de Bohus, que ocupó casi sin encontrar resistencia, y procuró luego unirse con el ejército del rey que avanzaba al Sur de Schonen. La monarquía sueca nunca se había visto en mayor peligro. Atacado por todas partes su territorio; apoderado el desaliento de todos los ánimos; el dualismo en los gobernantes y generales, y para colmo de desdichas un rey jóven y privado de consejos cuyo carácter volvíase sombrío y cuyo valor se debilitaba en presencia de la mala fortuna que por doquiera le perseguía: tal era el estado en que entonces se encontraba Suecia. El monarca, sin embargo, fué el primero que salió de aquel abatimiento, y á su conducta enérgica debióse que cuando menos la lucha se estacionara, y antes de que terminara el año la sangrienta batalla de Lund (14 de diciembre) restableció la supremacía sueca en aquella parte del teatro de la guerra.

En cambio en Alemania los descalabros se sucedían con gran frecuencia. El anciano gran mariscal Wrangel había sido destituido del mando supremo: una extraña leyenda popular pomerania pretende que, retirado á su castillo de Spyker, en la península de Jasmund, adonde había ido á

(2) H. Peter: *Los comienzos de la marina brandeburguesa*, pág. 8. Sobre su participación en la batalla librada entre Bornholm y Rugen, véase la pág. 10 de la misma obra.

descansar y en donde murió al poco tiempo, fué sometido á un proceso y secretamente decapitado por un verdugo enviado expresamente de Stralsund (1). Sucedióle el conde Otón Guillermo de Königsmark, que hacia poco había combatido en el Rin á las órdenes de Turenna, pero que, á pesar de sus indiscutibles talentos y de su actividad infatigable, no pudo torcer el curso del destino.

La espantosa confusión que en la situación política gene-

ral reinaba impidió al elector Federico Guillermo comenzar á principios del año el sitio de Stettin preparado durante el invierno y en el cual se basaban todos sus planes. En Polonia, cuyo rey Juan Sobieski, una vez firmada la paz con los turcos, había recobrado su completa libertad de acción, hacíanse serios aprestos y efectuábanse movimientos de tropas que parecían indicar el propósito de invadir á Prusia. En Hungría, la revolución, llamada guerra de los kuruzzes, esta-



CHRISTIANVS QUINTVS
D.G. DANIAE NORVEGIAE
REX HEREDITARIVS

El rey Cristian V de Dinamarca

Facsimile reducido de un grabado anónimo de la época publicado en el *Theatrum Europaeum*

llaba de nuevo fomentada evidentemente por Francia y favorecida por la corte de Polonia; el emperador, para sofocarla, enviaba allí á todas las tropas que no eran necesarias en otros puntos y aun las que lo eran. En los Países Bajos españoles hacían cada día nuevos progresos los franceses, á quienes á duras penas resistía Guillermo de Orange, pues el ejército español propiamente dicho se componía de un par de miles de soldados; y en Holanda renacía cada vez con mayores fuerzas el partido antiorangista y de la paz con el propósito de que este aliado indispensable se entendiera lo antes posible con Francia abandonando á todos los demás. En la guerra del Rin había surgido con el joven duque Carlos de Lorena una fuerza nueva de la cual mucho podía esperarse y

(1) O. Fock: *Historias de siete siglos de Rugen y Pomerania*, tomo VI, pág. 379.

la campaña allí sostenida en 1676 había por lo menos valido el importante triunfo de la conquista de Philippsburgo, plaza que hubo de capitular en 18 de setiembre á pesar de todas las tentativas que para libertarla hizo el mariscal de Luxemburgo. Pero, por lo demás, las fuerzas se mantenían allí perfectamente equilibradas, y en la campaña del año siguiente los franceses mandados por Crequi compensaron la pérdida de Philippsburgo por la toma de Freiburg en Breisgau (16 de noviembre de 1677), con la cual adquirieron un nuevo é importante punto de apoyo en la margen derecha del Rin. Dada la escasez de recursos de que disponían los brandeburgueses, la interrupción del pago de los subsidios que recibían de España y de Holanda fué para ellos muy dolorosa y dificultó la prosecución de sus operaciones. A todo esto agregábase el hecho de que ya en 1676 se había reunido en Nimega un congreso general de todas las poten-

cias beligerantes que, por mediación de Inglaterra, debía tratar de la paz. En un principio los diplomáticos reunidos apenas hicieron más que entretenerse en formalidades y discusiones ceremoniosas, pero todas las miradas estaban fijas en aquella asamblea, pues la política imperial, á pretexto de que se trataba de una guerra del Imperio y de que la representación de éste correspondía al emperador, había hecho en los comienzos del congreso formales tentativas para que no tomaran parte en él con carácter independiente los Estados del Imperio y sobre todo Brandeburgo (1).

Enfrente de todas estas dificultades, imponíase cada día más la necesidad de realizar lo más pronto posible un nuevo hecho de armas decisivo que obligara á reconocer la verdadera relación entre las fuerzas combatientes. En mayo de 1677 renovóse con Dinamarca la alianza guerrera contra Suecia, siendo admitido en ella el obispo de Munster (2), y poco después la escuadra danesa mandada por el almirante Nils Yuel causó una nueva y terrible derrota á los suecos en el golfo de Kiøge (20 de julio): los dinamarqueses y los holandeses quedaron dueños del mar, ayudándoles también en sus empresas algunos buques brandeburgueses. Entonces comenzó, por fin, el sitio de Stettin.

Penosos por demás eran los trabajos que para llevar á cabo tal empresa había que realizar. La ciudad estaba gobernada por un general sueco enérgico y decidido; contaba con una guarnición numerosa; disponía de víveres abundantes, y sus habitantes rivalizaban con las tropas suecas en la tenacidad de la resistencia. El ataque comenzó en 17 de julio de 1677: los sitiadores habían reunido un formidable tren de artillería y cortado la comunicación de los sitiados con el mar; tenían á su lado para ayudarles en el cerco tropas auxiliares de Brandeburgo, Munster y Dinamarca; pero los meses transcurrían y llegó el invierno sin que la plaza se rindiera. Una parte de las fortificaciones exteriores había sido tomada, la ciudad incendiada en varios puntos, la guarnición diezmada, y miles de habitantes habían perecido, y sin embargo los defensores de Stettin seguían resistiendo con la misma energía que antes. El elector Federico Guillermo, atormentado por frecuentes y terribles ataques de gota, no quiso abandonar su puesto ni aun en lo más crudo del invierno: prefería ser allí enterrado antes que desistir de su empresa.

Por último, á fines de diciembre la mina practicada por los sitiadores llegó hasta la muralla principal permitiéndoles volar una parte de ella, con lo cual quedó abierta una brecha suficiente para el asalto general. Entonces el valiente gobernador de la plaza, general Wulfen, se resolvió á firmar la capitulación, que le fué concedida bajo las más honrosas condiciones, entre las cuales figuraba la de que serían respetados todos los privilegios de la ciudad. El día 6 de enero de 1678 el elector entró en la plaza conquistada: los niños y mujeres, vestidos de luto, salieron á recibirle y le entregaron las llaves de la ciudad y una corona de ciprés.

(1) Droysen, tomo III, página 380. Con esto se enlaza la tan debatida cuestión del derecho de embajada de los príncipes alemanes, que fué origen en el congreso de Nimega de animadas controversias y motivó entre otros muchos el trabajo seudónimo de Leibniz: *Cesarinus Furstnerius de jure suprematus ac legationis principum Germaniae*, etc., que dicho autor escribió en 1677 en interés de la casa de Brunswick. Poco después, el mismo Leibniz expuso sumariamente sus opiniones en pro del derecho de embajada de los príncipes y de los electores en su trabajo titulado: *Entretien de Philarte et d' Eugène sur la question*, etc. Pueden verse ambos escritos en Klopp, W. W. tomo III. Véase además la obra de Petong sobre la *Literatura publicista al comenzar las negociaciones de paz de Nimega*, pág. 60, y la de E. Pfeiderer: *Leibniz como patriota*, etc., pág. 312.

(2) Véase Morner: *Tratados internacionales*, pág. 397.

Los días de la dominación extranjera en Alemania parecían contados después de esta victoria.

En cambio los daneses y brandeburgueses aliados experimentaron un terrible golpe con la pérdida de Rugen: el conde de Königsmark salió de Stralsund, desembarcó en aquella isla, atacó en Bergen al general dinamarqués Rumohr, que en ella mandaba, y destruyó por completo al ejército enemigo, muy superior en número al suyo. Con esta victoria la Suecia no solo recuperó á Rugen, sino que, además, con la posesión de esta isla quedaron aseguradas Stralsund y Greifswald, las dos últimas plazas fuertes que en la Pomerania occidental ocupaban todavía los suecos.

Pero también en estas regiones torcióse el curso de la fortuna en el año 1678. Mientras las negociaciones que para conseguir la paz se seguían en Nimega tomaban un sesgo en alto grado peligroso para los intereses alemanes, los daneses y brandeburgueses se apercebían para dar en Rugen el golpe decisivo contra el poderío de Suecia, resolviendo atacar simultáneamente la isla por dos puntos muy distantes entre sí, á fin de que el conde de Königsmark se viera obligado á dividir sus escasas fuerzas (3). Una numerosa escuadra danesa mandada por el almirante Nils Yuel debía desembarcar sus tropas en la parte septentrional de la isla, quedando el ataque contra la costa del Sur confiado al cuerpo brandeburgués que mandaba el mariscal Derfflinger bajo la alta dirección del elector. El mando de la escuadra que debía conducir á los brandeburgueses fué encomendado al almirante holandés Tromp, que para esta empresa se puso á las órdenes del elector, el cual también disponía del experto marino Benjamin Raule que le había prestado gran ayuda en la realización de los preparativos necesarios (4).

Según el plan de operaciones convenido, el ataque simultáneo de la isla por el Norte y por el Sur debía efectuarse el 22 de setiembre. En la madrugada de este día los dinamarqueses desembarcaron en la península de Wittow, situada á media hora al Sur del cabo de Arcona. El mayor general Lowenhjelm, valeroso guerrero alemán llamado Juan Schroder de Mecklemburgo, que hacía poco había sido ennoblecido con aquel apellido en Dinamarca, dirigió el ataque, cuyo éxito fué completo. Los suecos no tenían en Wittow más que un pequeño destacamento de infantería y caballería y algunos cañones que á las órdenes del coronel Lieven prestaban el servicio de vigilancia en aquella costa. Terrible fué la batalla que allí se trabó: en vano hizo Lieven desesperados esfuerzos para obligar á la infantería danesa á reembarcarse; después de muchas horas de reñidos combates, en los que tomaron también parte dos escuadras brandeburgueses mandadas por el coronel Printz, los suecos tuvieron que emprender la retirada en dirección á la península de Jasmund. Si los brandeburgueses habían logrado desembarcar felizmente en el Sur, era imposible que los suecos se hallaran en estado de defender la isla contra este doble ataque de frente y por la espalda: así fué en efecto; al tener noticia el conde de Königsmark de que los dinamarqueses habían logrado sentar sus reales en Wittow, ordenó inmediatamente al destacamento de Lieven que por Bergen emprendiera la retirada.

(3) O. Fock (*Historias de Rugen y Pomerania*), que es el que más detalladamente y con más copia de documentos describe esta lucha, calcula (tomo VI, pág. 413) que las tropas de que disponía Königsmark no pasaban de 4,000 hombres, de los cuales solo 950 de infantería: Königsmark en su propia relación (obra dicha, pág. 553) dice que en total solo tenía «1,900 caballos y 800 infantes»; pero indudablemente este cálculo es algo bajo. El número de tropas danesas y brandeburguesas utilizadas en el ataque de Rugen fué doble ó triple que el de las suecas.

(4) Schuck: *Política colonial de Brandeburgo y Prusia*, tomo I, página 103.

parte de las tropas suecas. Las columnas de ataque brandeburguesas, al frente de las cuales iba espada en mano el anciano mariscal, embistieron al enemigo en cuyas filas reinaba el más espantoso desorden, asaltaron sus trincheras y pasaron á cuchillo á 200 habitantes de la aldea. Toda resistencia ordenada era imposible; así es que los que no pudieron huir en los buques tuvieron que rendirse prisioneros: el mismo Königsmark, acompañado del embajador francés Rebenac, logró á duras penas escapar en un bote. Los vencedores hicieron 700 prisioneros y se apoderaron de 2,500 caballos y de algunos cañones, sin sufrir más que treinta ó cuarenta bajas.

Quedábales, pues, á los suecos únicamente la plaza fuerte de Neuen-Fahre (Nuevo-Fahre) que Königsmark había ocupado con numerosas tropas y habilitado para una larga defensa á fin de tener un punto de apoyo para ulteriores empresas en la isla; pero cuando en 26 de setiembre se presentaron delante de sus muros los brandeburgueses capitaneados por el general Gotze, la guarnición, compuesta en su mayor parte de infantes alemanes, se rebeló contra sus oficiales suecos y obligó al comandante de la plaza á capitular. Con esto quedaba terminada la conquista de Rugen que, en virtud del tratado de alianza danés-brandeburgués, debía pasar como botín de guerra al rey de Dinamarca (2). Stralsund no pudo ya resistir; pero no se rindió fácilmente la aliva fortaleza que en otro tiempo se había defendido victoriosamente contra Wallenstein. Ciertamente que la población, teniendo en cuenta la suerte que le había cabido á Stettin y el bombardeo que la amenazaba, se mostraba dispuesta á entrar en negociaciones; pero Königsmark, más celoso de su fama militar que cuidadoso del interés de la ciudad, estaba decidido á resistir á todo trance. El elector de buena gana habría evitado á la antigua y hermosa ciudad y á sus habitantes los horrores de un bombardeo, pero le urgía por otro lado acabar aquella campaña antes del invierno; así es que en la noche del 20 de octubre ochenta piezas de artillería comenzaron á arrojar proyectiles sobre la plaza. Los efectos de las bombas fueron terribles y muy pronto ardió la ciudad por distintos puntos: los habitantes desesperados pedían la rendición, pero hasta el segundo día, y aun contra su voluntad, no se resolvió Königsmark á entablar negociaciones, que duraron algunos días. El 25 de octubre firmóse la capitulación: el elector, dando pruebas de gran nobleza, permitió á la guarnición que saliera de la plaza á tambor batiente y banderas desplegadas, prometiéndole además embarcarla pronto para Suecia. Algunos días después hizo su entrada triunfal en la ciudad conquistada. En las antiguas negociaciones del elector con sus aliados se había dicho varias veces que, una vez conquistada, Stralsund, la antigua ciudad anseática siempre independiente, no pasaría á poder de Brandeburgo, sino que sería declarada ciudad imperial libre, idea á la que se había mostrado muy inclinada la corte de Viena; sin embargo, los vencedores no quisieron pasar por esto y la ciudad rindió pleito homenaje al elector como nuevo soberano.

Sólo faltaba apoderarse de Greifswald. El pundonor militar obligó al comandante sueco de la plaza á no rendir este último puesto sin lucha, aunque hartamente comprendía cuán inútil había de ser la resistencia: dada satisfacción á aquel sen-

do sobre Alten Fahre (Antiguo Fahre), delante de Stralsund. De lo que por el momento se trataba era de hacer frente al ataque de los brandeburgueses, y para ello Königsmark distribuyó el grueso de su ejército en distintos puntos de la costa meridional.

El elector había reunido en la desembocadura del Peene una numerosa escuadra y un considerable ejército de desembarco: unos 350 barcos, entre transportes grandes y pequeños, buques de vela y botes de remos, condujeron el día fijado á las costas de Rugen á los expedicionarios, cuyas fuerzas se componían de 6,000 infantes y 3,000 jinetes y dragones, todos brandeburgueses, y de solos dos batallones de infantería de Brunswick; pero transcurrió el día sin que pudiera verificarse el desembarco, siendo esto, al parecer, culpa de la vacilación del almirante Tromp que mandaba la escuadra y conocía muy poco los vientos y corrientes de aquellas aguas (1). Después de un inútil combate de artillería con las baterías suecas de la playa de Zudar, en el extremo meridional de la isla, la escuadra echó anclas á la vista de la costa para esperar el viento matutino del día siguiente. En la mañana del 23 de setiembre supo el elector que los dinamarqueses habían desembarcado el día antes en Wittow: no había, pues, momento que perder para recuperar el tiempo perdido y entrar en la línea de operaciones convenida. Inmediatamente hizo rumbo al golfo de Putbus, que era el punto escogido para el desembarco. Adelantóse en una lancha el mariscal Derfflinger para proceder á un reconocimiento, á consecuencia del cual eligióse como lugar más á propósito para el ataque la aldea de Neucamp, situada á media milla al Sur de Putbus, junto á la cual se alza actualmente una elevada columna de granito coronada por la estatua del gran elector que parece contemplar el campo de batalla de aquella jornada. Los buques de guerra, que por falta de viento tuvieron que ser remolcados por botes de remos hasta muy cerca de la costa, rompieron el fuego contra los reducidos suecos, débilmente guarnecidos, pues aun no había llegado allí Königsmark con el grueso de su ejército, y protegido por sus fuegos pudo efectuarse el desembarco con el mayor orden y precisión y sin gran resistencia del enemigo. La infantería, la artillería y algunos escuadrones de caballería habían desembarcado y estaban ya formados en orden de batalla cuando Königsmark, que desde la península de Zudar había seguido los movimientos de la escuadra enemiga, llegó á Neucamp con ocho escuadrones y algunas piezas de artillería. No había que esperar que hiciese frente á fuerzas tan superiores á las suyas y las obligara á reembarcarse, tanto menos cuanto que ya se encontraba en tierra toda la caballería del de Brandeburgo; por esto el general sueco, cuando se hubo hecho cargo de la situación, se limitó á recoger todas las tropas que tenía distribuidas por las inmediaciones y á retirarse hacia Alten-Fahre, donde protegido por fuertes atrincheramientos esperaba poder trasladarse sin dificultad alguna á Stralsund.

Pero en el camino fué alcanzado por Derfflinger que impetuosamente le perseguía y que cayendo con sus dos escuadrones sobre los ocho de Königsmark puso á estos en desesperada fuga haciéndolos durante el día 200 prisioneros. A la mañana siguiente (24 de setiembre) fué atacada la fuerte posición de Alten-Fahre cuando todavía no había podido llegar á las playas de Stralsund más que una pequeña

(1) Esta vacilación no tuvo más consecuencia sensible que la pérdida de un destacamento de 400 hombres que el landgrave de Homburgo desde la costa pomerania lanzó sobre la isla, creyendo que el elector habría ya desembarcado, y que fué casi completamente destruido por fuerzas suecas muy superiores. Fock, tomo VI, pág. 418. Véase el *Dietario* de Buch, tomo II, pág. 68.

(2) La importancia militar de este hecho ha sido algunas veces exagerada. Nada justifica en efecto la frase de Droysen (tomo III, página 421): «una de las más sorprendentes expediciones.» Los relatos brandeburgueses, suecos y daneses insertos en la obra de Fock, t. VI, página 551, y el publicado en el *Dietario* de Buch, tomo II, pág. 63, coinciden en todos los puntos esenciales: el desembarco en Neucamp se verificó sin gran resistencia; la superioridad de las fuerzas brandeburguesas y dinamarquesas fué abrumadora y Königsmark solo combatió para asegurar su retirada á Stralsund.